

con los más graciosos saludos. A espaldas de ellos, triunfaban las vendedoras por todo lo alto y se vanagloriaban; la más afortunada, de la que todas tuvieron celos, fué una señorita de dieciocho años, que había vendido una barra de lacre por tres lises. En esto el señor d'Escorailles había llegado al otro lado del salón, y como una vendedora se propusiese, quieras que no, meterle una caja de jabones en el bolsillo, el joven gritó:

—¡Si ya no tengo ni para hacer cantar á un ciego! A no ser que quiera usted que le firme pagarés...

Y vaciaba el portamonedas. La dama, ya en aquel trance y olvidándose de sí misma, tomó el portamonedas y lo registró. Y miraba al joven de hito en hito y parecía dispuesta á pedirle la cadena de su reloj.

Aquello era una broma. El señor d'Escorailles llevaba siempre para aquellas ventas un portamonedas vacío, tan sólo para reir un rato.

—¡Ah! ¡chist!—dijo tirando del señor La Rouquette,—¡me convierto en perro de presa!... Vamos á ver si nos desquitamos.

Y cuando pasaban por delante del barquillero, la señora de Bouchard lanzó su grito:

—¡A veinte sueldos el golpe, señores!... ¡Venga un golpe!...

Y se acercaron, haciendo como que no habían oído.

—¿A cómo el golpe, señora?

—A veinte sueldos, señores.

Las carcajadas se reanudaron á más y mejor. Pero señora de Bouchard lanzó su grito:

cía con la boca abierta, dirigiendo sus asombrados ojos á los dos caballeros, como si no les hubiese

conocido. Entonces se entabló entre ellos una partida formidable. Durante un cuarto de hora el torriquete rechinó, sin punto de reposo. Se reemplazaban uno tras otro. El señor d'Escorailles ganó dos docenas de hueveras, tres espejitos, siete estatuitas y cinco petacas para cigarrillos; el señor La Rouquette obtuvo por su parte dos piezas de puntilla, un vacía-bolsillos de porcelana de la peor calidad, montado sobre pies de zinc dorado, unos vasos, un candelero y una cajita con un espejo. La señora Bouchard, pellizcándose los labios, acabó por exclamar:

—¡Vaya, vaya! ¡tienen ustedes demasiada suerte! No juego más... Llévense ustedes lo suyo.

Había hecho dos grandes montones, á su lado, en una mesa. El señor La Rouquette pareció consternado. Pidióle que le cambiase su montón por un ramito de violetas que llevaba en los cabellos. Pero ella se negó:

—No, no, usted ha ganado eso, ¿no es así? pues bien, lléveselo usted.

—La señora tiene razón—dijo con seriedad el señor d'Escorailles.—No se pone mal ceño á la fortuna, y el diablo sea conmigo, si dejo aquí tan sólo una huevera!... Me vuelvo perro.

Había extendido el pañuelo y hacía un lío con toda limpieza, lo que produjo una nueva explosión de risa. El apuro del señor La Rouquette resultaba también muy regocijado. Entonces, madama Courreur, que había conservado hasta entonces, en el fondo de la instalación, una sonriente dignidad de matrona, adelantó su grueso y rosado semblante. Propuso hacer un cambio.

—No, yo no quiero nada—se apresuró á decir

el joven diputado.—Tómelo usted todo, todo se lo doy.—No lo dijo á sorda.

Y no se fueron en seguida, sino que se quedaron allí unos instantes más. Ahora, á media voz, dirigieron á la señora de Bouchard galanferías de dudoso gusto. Al contemplarla tan seductora, sus cabezas daban vueltas más de prisa que el torniquete. ¿Qué se salía ganando en tan bonito juego? Más divertido resultaba el de las cuatro esquinas; y, á pesar de esto, no estaban dispuestos á jugar á las cuatro esquinas toda especie de cosas bonitas. La señora de Bouchard entornaba los párpados, con risa de joven que se hacía la estúpida; movía las caderas con ligero balanceo, como haría una campesina con quien los señores se chanccean; mientras que madama Correur se extasiaba al mirarla, repitiendo con el arrobado rostro de inteligente:

—¡Qué hermosa es! ¡qué hermosa es!

Pero la señora de Bouchard acabó por dar papirotazos en las manos del señor d'Escorailles, quien trataba de enterarse del mecanismo del torniquete, con el pretexto de que ella debía de hacer trampas. ¿Acabarían por dejarla en paz? Y cuando se hubo desembarazado de ellos, volvió á su provocadora y persuasiva voz de vendedora:

—Vamos, señores, á veinte sueldos el golpe... Uno tan sólo, señores.

En aquel momento, el señor Kahn, en pie para mirar por encima de las cabezas, volvió á sentarse, diciendo por lo bajo:

—Allí está Rougón. No nos demos por entendidos, ¿no les parece á ustedes?

Rougón atravesaba la sala con lento paso. Detúvose y jugó en el torniquete de la señora de Bou-

chard, y pagó tres luises por una de las rosas de la señora de Combelot. Después, cuando hubo hecho su ofrenda, pareció dispuesto á marcharse en seguida, y apartaba á la muchadumbre, para dirigirse á una de las puertas. Pero, de repente, habiendo lanzado una mirada al aparador, se dirigió hacia aquel lado, con la cabeza erguida, tranquilo, altanero. Los señores d'Escorailles y La Rouquette se habían sentado junto á los señores Kahn y Béjuin y del coronel; también estaba allí el señor Bouchard, que acababa de llegar. Y todos aquellos señores, cuando el ministro pasó por delante de ellos, sintieron un ligero escalofrío; tan arrogante y tan firme les pareció, con sus robustos miembros. Hábiales saludado al paso, familiarmente y tomó asiento á una mesita inmediata. Su ancho rostro no se inclinaba, volvíase lentamente á la izquierda, á la derecha, como para afrontar y soportar sin la menor alteración las miradas que se fijaban en él.

Clorinda se había acercado, arrastrando majestuosamente su rica falda amarilla. Y le preguntó, simulando una vulgaridad en que se adivinaba un tatico de socarronería:

—¿Qué desea usted?

—¡Ah! ¿lo sé yo acaso?—contestó regocijado.—Nunca bebo nada... ¿Qué tiene usted?

Entonces, con gran rapidez, le enumeró Clorinda los licores: fine champagne, ron, curaçao, kirsch, chartreuse, anisete, vespietro, kummel.

—No, no, deme usted un vaso de agua con azúcar.

La joven se dirigió al mostrador y trajo el vaso de agua, siempre con su majestad de diosa. Y se quedó en presencia de Rougón mirándole deshacer el azúcar. El ministro continuaba sonriéndole y dijo

las primeras insignificancias que se le ocurrieron.

—¿Goza usted de buena salud?... Hace un siglo que no la veo á usted.

—Me hallaba en Fontainebleau—contestó sencillamente.

Rougón alzó los ojos y la examinó con mirada intensa. Pero ella le interrogó á su vez:

—¿Y usted se halla satisfecho? ¿anda todo á su satisfacción?

—Sí, á las mil maravillas—le contestó.

—Mejor que mejor.

Y se movió en torno suyo, con atenciones de mozo de café. Envolvía con la siniestra llama de sus ojos, como hallándose á pique de dejar escapar su triunfo, de un instante á otro. Decidíase por último á separarse de él, cuando se puso de puntillas para dirigir una mirada á la sala contigua. Y, en seguida, tocándole en el hombro, le dijo con el rostro radiante de satisfacción:

—Me parece que le buscan á usted.

En efecto, Merle se adelantaba respetuosamente por entre las sillas y las mesas del aparador. Hízole tres saludos y suplicó á Su Excelencia que le dispensara. Habíase llevado á la salida de Su Excelencia la carta que Su Excelencia debía de estar esperando desde por la mañana. Entonces, á pesar de no haber recibido orden, había creído...

—Está bien, deme usted—interrogó Rougón.

El ujier le entregó un gran sobre y se fué á dar vueltas por la sala. Rougón, con sólo una mirada, había conocido la letra; era una carta autógrafa del emperador, la respuesta al envío de su dimisión. Un ligero sudor frío le subió á las sienes, mas ni siquiera palideció. Metióse con toda tranquilidad la

carta en el bolsillo interior de la levita, sin dejar de afrontar las miradas de la mesa del señor Kahn, á quien Clorinda había ido á susurrarle algunas palabritas. Toda la banda entonces se hallaba ojo avizor, sin perder el menor de sus movimientos, en aguda fiebre de curiosidad.

La joven había vuelto á plantificarse delante de él, Rougón se bebió por último la mitad de su vaso de agua azucarada, y buscó una galantería.

—Está usted hoy hermosa á más no poder. Si las reinas se hiciesen criadas...

Mas ella atajó la galantería, y dijo con su acostumbrada audacia:

—¿No lee usted?

Rougón hizo como que se había olvidado. Después, fingiendo que se acordaba:

—¡Ah! sí, esta carta... Voy á leerla, si ello puede ser de su agrado.

Y sirviéndose de un cortaplumas, cortó el sobre con todo cuidado. Con una mirada recorrió las cortas líneas de que se componía. El emperador aceptaba su dimisión. Durante cerca de un minuto, tuvo el papel acercado al rostro, como para volverlo á leer. Temía no ser dueño de mantener la serenidad de su semblante. Una agitación terrible realizábase en su interior, una rebeldía de toda su fuerza, que se negaba á aceptar la caída, le conmovía furiosamente hasta la médula de los huesos; á no haber sido dueño de mantener su rigidez, habría gritado y hundido la mesa á puñetazos. Con la mirada siempre fija en la carta, volvía á ver al emperador tal como le había visto en Saint-Cloud, con su palabra benévola, con su constante sonrisa, renovándole su confianza, confirmándole sus instrucciones,

¿Qué interminable idea de disfavor debía de madurar, tras de su velado semblante, para destrozarle tan repentinamente en una noche después de haberle retenido veinte veces en el poder?

Rougón, por último, con supremo esfuerzo, se supo vencer. Alzó el rostro, en el que ni un solo rasgo se movía, y volvió á meter la carta en el bolsillo, con ademán de indiferencia. Pero Clorinda había apoyado ambas sus manos sobre la mesita. Inclínose con cierto movimiento de abandono, y murmuró, con las comisuras de la boca temblorosas:

—Yo lo sabía. Todavía me encontraba allí esta mañana... ¡Pobre amigo mío!

Y le compadecía con acento de burla tan cruel, que Rougón la miró nuevamente, fijos sus ojos en los de ella. Por lo demás, Clorinda no disimulaba. Sentía la fruición esperada hacía meses y saboreaba sin apresurarse frase por frase, la voluptuosidad de presentarse á él, al fin y al cabo, como enemiga implacable y vengada.

—No he podido defender á usted—continuó.—Sin duda usted ignora...

Y no terminó la frase. Y á seguida preguntó, en tono penetrante:

—¿A que no adivina usted quién le substituye en el Interior?

Rougón hizo un gesto de indiferencia; mas sentíase molestado con la fijeza de sus ojos. La joven acabó por soltar estas dos palabras:

—¡Mi marido!

Rougón, con la boca seca, echóse un nuevo trago de agua azucarada. En aquellas dos palabras, Clorinda lo encerró todo, su ira por haber sido des-

deñada en otro tiempo, su rencor con tanto arte dirigido, su alegría de mujer al abatir á un hombre reputado como de talento sin rival. Entonces, entregóse al placer de torturarlo, de abusar de su victoria; puso de manifiesto lo que más podía herirle. Su marido no era, ni con mucho, un hombre superior; lo confesaba y hasta hacía de ello chacota; y con esto quería dar á entender que el primer Perico de los palotes habría sido suficiente y que ella habría hecho ministro hasta al ujier Merle, si se le hubiese puesto en la mollera. Sí; el ujier Merle, cualquier pasante estúpido, quienquiera que fuese: Rougón habría tenido un digno sucesor. Esto probaba la omnipotencia de la mujer. Después, dejándose llevar por completo, mostróse maternal, protectora y excelente consejera.

—Ya usted lo ve, querido amigo, con frecuencia se lo tengo dicho, hace usted mal en despreciar á las mujeres. No, las mujeres no son tan estúpidas como á usted le parece. Llegaba á encolerizarme al oírle tratarnos de locas, de muebles que estorban; ¿y qué sé yo que más? hasta de verdaderas trabas... ¡Mire usted á mi marido! ¿He sido yo por ventura ninguna traba para él?... Pues yo quería convenirle á usted de esto; habíame prometido este placer, ya se acordará, el día aquél en que tuvimos esta conversación. Ya lo ha visto usted ¿verdad que sí? Pues bien, ahora pelillos á la mar... Reconozco, querido amigo, que es usted persona de grandísimo talento; pero confíese usted por su parte que una mujer le hará siempre perder el tino, tan luego como se le ponga en la cabeza el conseguirlo. Rougón, algo pálido, se sonreía.

—Sí, tal vez tenga usted razón—dijo lentamente,

evocando toda aquella historia.—Yo tenía una sola fuerza, mientras que usted...

—¡Yo tenía otra cosa, pardiez!—terminó con un desahogo que rayaba en grandeza, tanto era lo que sabía elevarse en el desprecio de las conveniencias.

Rougón no prorrumpió en la menor queja; para vencerle, la joven le había arrebatado parte de su poder; ahora volvía en su contra las lecciones deletreadas al lado suyo, cual discípula dócil durante sus aprovechadas tardes de la calle de Marbeuf. Era aquello la ingratitud, la traición, cuya amargura bebía sin repugnancia, como hombre de experiencia. Su única preocupación, en aquel desenlace, se cifraba en saber si, al fin de cuentas, la conocía por entero. Hacía memoria de sus antiguas investigaciones, de sus inútiles esfuerzos para penetrar en los secretos engranajes de aquella máquina tan hermosa como desconcertada. La necedad de los hombres, indudablemente, era fenomenal.

En dos ocasiones, Clorinda se había alejado para servir unas copitas; y después, cuando ya se sintió satisfecha, reanudó su majestuosa marcha por entre las mesas, haciendo como que ya no se ocupaba de él. Rougón la seguía con la mirada: violó acercarse á un caballero de inmensa barba, un extranjero cuyas prodigalidades tenían por entonces revolucionado á París. El personaje daba fin á un vaso de Málaga.

—¿Cuánto es, señora?—preguntó levantándose.

—Cinco francos, caballero. Todos los servicios cuestan lo mismo.

Pagó, y á seguida, con su peculiar acento:

—Y un beso, ¿cuánto vale?

—Cien mil francos—contestó la joven sin la menor vacilación.

Volvióse á sentar y escribió breves palabras en una hoja arrancada de una agenda. Acto seguido le plantó un ruidoso beso en la mejilla, pagó y se alejó de allí con toda flema. Todo el mundo se sonreía y encontró la cosa muy puesta en razón.

—Todo es cuestión de precio—dijo por lo bajo Clorinda, volviendo junto á Rougón.

Y él vió en aquellas palabras una nueva alusión. Háblele dicho que jamás. Y entonces, aquel hombre casto, que había recibido sin doblegarse el gran golpe de su desgracia, sufrió lo que no es decible, viéndole el collar que llevaba con tanto descaro. La joven se inclinaba más todavía, le provocaba, moviendo el cuello por modo seductor. La perla fina tintinaba en el cascabel de oro, y la cadena pendía, como tibia aún de la mano de su amo; los diamantes resplandecían sobre el terciopelo, en el que él leía fácilmente el secreto por todos conocido. Y jamás se sintió hasta tal punto mordido por aquellos no confesados celos, por aquella quemadura de orgullosa envidia que había experimentado á veces en presencia del omnipotente emperador. Preferido habría á Clorinda en brazos de aquel cochero, del que se hablaba en voz queda. Excitábanse sus deseos de antaño, al verla lejos de su alcance, tan en alto, esclava de un hombre, que, con sólo una palabra, hacía inclinar las cabezas.

La joven sin duda adivinó su tormento. Y todavía agregó una nueva crueldad, señalándole con un guiñar de ojos á la señora de Combelot, en su quiosco de florista, vendiendo sus rosas. Y murmuraba con su malévolá risa:

—¡Ah! ¡aquella pobre señora de Combélot espera, espera siempre!

Rougón dió fin á su vaso de agua azucarada. Se ahogaba. Sacó el portamonedas y balbuceó:

—¿Cuánto?

—Cinco francos.

Cuando la joven hubo metido la moneda en el limosnero, tendió de nuevo la mano, y dijo en tono de broma:

—¿Y no da usted nada para la criada?

Buscó y encontró dos sueldos, que le puso en la mano. Fué aquélla su grosería, la única venganza que su rudeza de advenedizo supo inventar. A pesar de su gran serenidad, Clorinda se ruborizó; mas, pronto recuperó su altanería de diosa. Saludó y se apartó de allí, diciendo:

—Gracias, Excelencia.

Rougón no se atrevió á ponerse en pie en seguida. Las piernas le flaqueaban, temía que se le llegaran á doblar, y él quería retirarse como había llegado, fuerte y con la faz serena. Temía, sobre todo, pasar por delante de sus protegidos, cuyos estirados cuellos, atentos oídos y asestados ojos, no habían perdido el menor incidente de la escena. Estuvo unos minutos todavía, dirigiendo acá y allá las miradas, fingiendo indiferencia. Meditaba. Un nuevo acto de su vida política había terminado. Caía minado, roído, devorado por los suyos. Sus robustos hombros crujían bajo las responsabilidades, bajo las necedades y acciones viles que había hecho suyas, tan sólo por fanfarronería de hombre de importancia, por la necesidad de aparecer como jefe temido y generoso. Sus músculos de toro hacían su caída más resonante, y la ruina de los de su banda

más formidable aún. Las mismas condiciones del poder, la necesidad de tener á sus espaldas apetitos que satisfacer, de sostenerse merced al abuso de su crédito, habían hecho fatalmente del desquiciamiento cuestión de tiempo no más. Y entonces hacía memoria del lento trabajo de los suyos, de aquellos afilados dientes que día tras día devoraban un tanto de su fuerza. Hallábanse á su alrededor, trepaban á sus rodillas, luego al pecho, después á la garganta, hasta llegarle á estrangular; todo se lo habían arrebatado, sus pies para subir, sus manos para robar, sus mandíbulas para morder y tragar; habitaban en sus miembros, de los que obtenían alegría y salud, entregábanse á francachelas sin pensar en el siguiente día. Y ahora, habiéndole exprimido, oyendo el crujir del andamiaje, huían, semejantes á esas ratas á quienes el instinto previene el próximo derrumbamiento de las casas, cuyos cimientos han socavado. Toda la banda se ofrecía ahora brillante, floreciente. El señor Kahn acababa de vender su camino de hierro de Niort á Angers al conde de Marsy. El digno coronel debía de conseguir la semana próxima un empleo en los palacios imperiales. El señor Bouchard tenía la promesa formal de que su protegido, el interesante Jorge Duchesne, sería nombrado subjefe de oficina en cuanto entrase Delestang en el ministerio del Interior. Madama Correür se regocijaba por una seria enfermedad de la señora de Martineau, creyendo ya estar habitando su casa de Coulonges, comiéndose sus rentas cual buena burguesa y haciendo bien en toda la comarca. El señor Béjuin estaba seguro de recibir la visita del emperador á su cristalería, allá al otoño. El señor d'Escorailles, en fin, seriamente sermoneado por el marqués y la

marquesa, echábase á los pies de Clorinda y obtenía una plaza de subprefecto, tan sólo por sentirse maravillado al verla servir copitas de licor. Y Rougón en frente de la banda saciada y repleta veíase más empequeñecido que en otro tiempo, teníales á ellos por agigantados, aplastado él bajo sus plantas, sin atreverse todavía á dejar su asiento, por temor de verles sonreír si tropezaba.

Sin embargo, con la cabeza ya más despejada, y poco á poco fortalecido, se levantó. Empujaba la mesita de zinc para poder pasar, cuando Delestang entró cogido del brazo del conde de Marsy. Acerca de éste cundía una historia en extremo curiosa. A dar crédito á ciertos murmullos, habíase tropezado con Clorinda en el castillo de Fontainebleau, la semana precedente, tan sólo con el edificante objeto de facilitar las citas de la joven y de Su Majestad. Su misión se reducía á entretener á la emperatriz. Por otra parte, la cosa parecía chistosa, y nada más; sabido es que estos favores se prestan á la continua entre hombres. Pero Rougón olfateaba en esto un desquite del conde, quien se ocupaba en hacerle caer, de complicidad con Clorinda, volviendo contra su sucesor en el ministerio las armas empleadas para derrocarlo á él, unos meses atrás, en Compiègne; todo ello á la alta escuela, aguzado con un poquitín de suciedad elegante. Desde su vuelta de Fontainebleau, el señor de Marsy no dejaba á sol ni á sombra á Delestang.

El señor Kahn, el señor Béjuin, el coronel, toda la partida se arrojó en los brazos del nuevo ministro. El nombramiento no debía aparecer en el *Monitor* sino hasta el día siguiente, á seguida de la dimisión de Rougón; pero, estando firmado el de-

creto, el triunfo era incontestable. Diéronle fuertes apretones de manos, acompañados de alegres risas y de palabras susurradas al oído, todo un arranque de entusiasmo, á duras penas contenido por las miradas de toda la sala. Era aquélla la futura toma de posesión de sus paniaguados, que besaban los pies, que besaban las manos, antes de apoderarse de los cuatro miembros. Y ya les pertenecía; el uno le cogía por el brazo derecho, el otro por el izquierdo; un tercero le había hecho presa de un botón de la levita, mientras que el cuarto, á su espalda, se empinaba y le soltaba palabras en el cogote. Delestang, irguiendo su hermosa cabeza, ofrecía una seductora dignidad, uno de esos imponentes rostros, tan correctos como estúpidos, de soberano en viaje, á los que las damas de las subprefecturas ofrecen ramilletes de flores, como se ve en los retratos oficiales. En frente del grupo, Rougón, muy pálido, manaba sangre del corazón en presencia de aquella apoteosis de la medianía, sin ser parte, no obstante, á contener una sonrisa. Hacía memoria...

—Predije siempre que Delestang iría lejos—dijo con sutileza al conde de Marsy, quien se había adelantado hacia él, tendiéndole la mano.

El conde contestó con una ligera mueca de encantadora ironía. Desde que había trabado amistad con Delestang, después de haber prestado ciertos servicios á su cónyuge, debía de divertirse extraordinariamente. Retuvo á su lado unos instantes á Rougón, mostrándole exquisita urbanidad. Siempre en lucha, de temperamentos opuestos, aquellos dos hombres de valer, saludábanse mutuamente al terminar cada uno de sus duelos, como adversarios de igual talento y saber, prometiéndose eternos des-

quites. Rougón había herido á Marsy, Marsy acababa de herir á Rougón, y esto continuaría hasta que uno de ellos quedase en la estacada. Tal vez, en el fondo, no deseaban su desaparición completa, pues aquella rivalidad, aquel combatir constante les regocijaba; por otra parte, sentíanse, aunque por modo vago, como los dos contrapesos necesarios para el equilibrio del imperio, el velludo puño que aplasta, la delicada mano enguantada que estrangula.

Entre tanto Delestang se sentía pasto de molesta turbación. Había distinguido á Rougón, y no sabía si debía acercarse y tenderle la mano. Lanzó una mirada de perplejidad á Clorinda, cuyo servicio parecía absorberla, indiferente, llevando á los cuatro ángulos del aparador, *sandwiches, croissants, brioches*. A una mirada que le dirigió la joven, creyó comprender, y se acercó por último á Rougón, un tanto cortado, excusándose.

—Amigo mío, creo que no me guardará usted rencor... Yo me negaba y se me ha obligado... ¿No es eso? hay exigencias...

Rougón le cortó la palabra; el emperador, en su alta sabiduría, había obrado como había tenido por conveniente; el país iba á ençontrarse en excelentes manos. Entonces Delestang cobró alas.

—¡Oh! yo le he defendido á usted, todos le hemos defendido. Pero, aquí, entre nosotros, había usted ido tal vez demasiado lejos... Ha llegado, sobre todo, muy al alma el último asunto de usted, el referente á los Charbonnel, concerniente á aquellas pobres religiosas...

El señor de Marsy reprimió una sonrisa. Rougón contestó con el candor de sus días felices:

—Sí, sí, la visita á las religiosas... ¡Voto va!...

Pues mire usted, entre todas las necedades que mis amigos me han hecho cometer, casi, y hasta sin casi, esa es la única cosa puesta en razón y justa de mis cinco meses de poder.

Y ya se iba, cuando vió llegar á Du Poizat y apoderarse de Delestang. El prefecto hizo como que no le había visto. Hacía tres días que, oculto en París, se hallaba en espera. Debía de haber obtenido su cambio de prefectura, por cuanto se deshacía al dar las gracias, con su sonrisa de lobo de dientes blancos y mal avenidos. Después, como el nuevo ministro se volviese, recibió casi en los brazos al ujier Merle, impelido por madama Correure; el ujier bajaba los ojos, semejante á una gran moza tímida, mientras que madama Correure le recomendaba calurosamente.

—No se le quiere en el ministerio—dijo por lo bajo,—porque con su silencio protestaba contra los abusos.

—¡Oh! sí, y de los más chistosos—dijo Merle.—Sería cuento de nunca acabar... Al señor Rougón no se le echará mucho de menos. Empecemos porque á mí no se me ha pagado para que le quiera. Por poco me planta en la calle.

En la gran sala, que Rougón atravesaba á paso lento, los mostradores se hallaban vacíos. Los visitantes, por hacerse agradables á los ojos de la emperatriz, que patrocinaba la fiesta, habían puesto las mercaderías al saqueo. Las vendedoras, entusiasmadas, hablaban de volver á abrir á la noche, con nuevo repuesto de baratijas. Y contaban el dinero obtenido, sobre las mesas, en medio de victoriosas risas: una había sacado tres mil francos, otra cuatro mil quinientos, ésta siete mil, aquella otra



diez mil. Esta no cabía en sí de satisfacción: era mujer de diez mil francos.

Sin embargo, la señora de Combelot se desesperaba. Acababa de colocar su última rosa, y los clientes no cesaban de asediar su quiosco. Se bajó para preguntar á la señora de Bouchard si no tenía nada que vender, fuere lo que fuere. Pero el torniquete también se hallaba vacío; una dama se llevaba el último lote, consistente en una palanganita de muñeca. Buscaron, con todo y eso, se obstinaron y acabaron por encontrar un paquete de mondadientes, que había caído al suelo. La señora de Combelot se lo llevó gritando victoriosa; la de Bouchard se fué en pos de ella y ambas subieron al quiosco.

—¡Señores, señores!—llamó aquélla con toda osadía, en pie, y reuniendo á los hombres debajo de ella, con seductor ademán de sus desnudos brazos.—Miren ustedes todo lo que nos queda, un atadito de mondadientes... Contiene veinticinco mondadientes... Los pongo en pública subasta...

Los hombres se empujaban, se reían y alzaban al aire sus enguantadas manos. La idea de la señora de Combelot obtuvo un éxito loco.

—Un mondadientes—gritó.—Hay quien da cinco francos... ¡Vamos, señores, cinco francos!

—¡Diez francos!—dijo una voz.

—¡Doce francos!

—¡Quince francos!

Mas como el señor d'Escorailles hubiese saltado de repente á veinticinco francos, la señora de Bouchard se apresuró y dijo con su voz melodiosa:

—¡Adjudicado por veinticinco francos!

Los demás mondadientes alcanzaron precios mucho mayores. El señor La Rouquette pagó por el

suyo cuarenta y tres francos; el caballero Rusconi, que acababa de llegar, elevó su puesta hasta setenta y dos francos; en fin, el último, un mondadientes muy delgado, que la señora de Combelot anunció como hendido, porque no quería engañar á su parroquia—según decía—fué adjudicado por la cantidad de ciento diez y siete francos á un anciano caballero, muy enardecido por el arranque de la joven, cuyo corpiño se entreabría á cada uno de sus desahorados movimientos de subastadora.

—Está un poquitín tarado, mas, con un poco de buena voluntad, puede servir aún... Decimos ciento ocho... ciento diez, ¡eh, allá abajo! ¡ciento once! ¡ciento doce! ¡ciento trece! ¡ciento catorce! Vamos, ¡ciento catorce! Vale mucho más, muchísimo más que todo eso... ¡ciento diez y siete! ¡ciento diez y siete! ¡nadie quiere dar más?... ¡Adjudicado por ciento diez y siete!

Y, perseguido por aquellas cifras, fué cuando Rougón abandonó el local. En la terraza de la orilla del agua moderó el paso. Una tempestad amenazaba en el horizonte. Allá en lo hondo, el Sena, aceitoso, verde, sucio, se deslizaba mansamente, entre los descoloridos malecones, en donde enormes polvaredas se levantaban. En el jardín, ardorosas bocanadas de viento sacudían los árboles, cuyas ramas volvían á caer, lánguidas, muertas, sin un solo estremecimiento de las hojas. Rougón descendía bajo los grandes castaños; la noche casi se había echado del todo encima; una cálida humedad rezumaba como bóveda de cueva. Desembocaba en la grande avenida, cuando encontró, plantados en medio de un banco, á los Charbonnel, magníficos, transformados, el marido con pantalón claro y levita ceñida, y la

mujer con un sombrero de flores coloradas y con una ligera manteleta sobre un vestido de seda color de lila. Al lado de ellos, á horcajadas, en un extremo del banco, un individuo andrajoso, sin camisa, gesticulaba y se iba acercando. Era Gilquin, quien daba golpecitos á su gorrilla de lienzo, que se le caía de la cabeza.

—¡Un hatajo de miserables!—exclamaba.—¿Por ventura Teodoro ha querido perjudicar nunca á nadie, ni por el valor de un sueldo? Han inventado un cuento de reemplazo militar para comprometerme. Entonces les dejé allí plantados, como ustedes comprenden. Que se vayan al mismísimo infierno, ¿no les parece á ustedes?... Me tienen miedo ¡voto á sanes! De sobra les son sabidas mis opiniones políticas. Nunca pertenezco á la tuerca de «Badinguet».

E inclinándose, agregó más bajito y con la mirada tierna:

—Entre toda aquella gentuza, tan sólo una persona me llega al alma... ¡Oh! una mujer adorable, de la más distinguida sociedad. Sí, sí, una amistad que no tenía precio... Era rubia y me había dado un mechoncito de sus lindos cabellos.

Y á seguida repuso con voz de trueno, muy cerca de la señora de Charbonnel y dándole golpecitos en el abdomen:

—Y bien, señora, ¿cuándo me lleva usted á Plasans, ya se acordará usted, para comernos las conservas, las manzanas, las cerezas, los dulces?... ¿Qué mejor ocasión, ahora que tan bien nos luce el pelo?...

Pero los Charbonnel parecían muy contrariados con la familiaridad del señor Gilquin. La dama contestó de dientes afuera, apartando su falda de seda color de lila,

—No nos iremos tan pronto de París... Con seguridad pasaremos aquí seis meses cada año.

—¡Oh, París!—dijo el marido poseído de profunda admiración;—nada como París.

Mas, como las ráfagas de viento arreciaban de lo lindo, y que una caterva de niñas y de muchachos correteasen por el jardín, repuso, volviendo el rostro á su mujer:

—Hija mía, me parece que haríamos bien en volver á casita, si no queremos mojarnos. Afortunadamente vivimos á dos pasos de aquí.

Habían parado en el hotel del Palais-Royal, calle de Rivoli. Gilquin les miró alejarse encogiéndose de hombros con el mayor desdén.

—¡Ingratos!—murmuró,—¡no hay más que ingratos!

De repente distinguió á Rougón. Esperóle al paso, contoneándose y llevándose la mano á la gorra.

—No he ido á verte—le dijo.—Supongo que no habrás tomado á pechoz aquel asuntillo de marras, ¿verdad que no?... Aquel petardista de Du Poizat, ¿quién sabe lo que te habrá contado de mi individuo? Patrañas, mi buen amigo, patrañas; y te lo probaré cuando te dé la gana. En fin, no te guardo ningún rencor, y, ¡mira! en prueba de ello, voy á darte mi dirección: calle del Bon-Puits, 25, en la Chapelle, á cinco minutos de la barrera. Si todavía llegas á necesitarme, ordena y manda; con una mera señal...

Y se largó, arrastrando los pies. Por un instante pareció que se orientaba; después, amenazando con el puño al castillo de las Tullerías, que se divisaba en el fondo de la avenida, con su color gris de plomo, destacándose en el obscuro cielo, gritó:

—¡Viva la república!

Rougón se alejó del jardín y se dirigió á los Campos Elíseos. Habíale asaltado un deseo, el de volver á ver en seguida su hotelito de la calle de Marbeuf. Proponíase al día siguiente mudarse del ministerio, é ir nuevamente á vivir allí. Sentía como pesadez de cabeza al propio tiempo que una gran tranquilidad y también sordo malestar interior. Pensaba en cosas incoherentes, en grandes cosas que realizaría andando el tiempo, para probar su fuerza. De vez en cuando levantaba la cabeza y miraba al cielo. La tempestad no se decidía á estallar. Rojas nubes cerraban el horizonte. En la avenida de los Campos Elíseos, desierta á la sazón, oíanse fragorosos truenos, con estruendo de artillería lanzada al galope, cuyo estremecimiento percibíase en las copas de los árboles. Caían las primeras gotas de lluvia, cuando Rougón volvía la esquina de la calle de Marbeuf.

Veíase un cupé parado á la puerta del hotel. Rougón encontró allí á su esposa que pasaba revista á las habitaciones, tomaba medida de las ventanas y daba órdenes á un tapicero. Quedóse muy sorprendido, pero ella le dijo que acababa de ver á su hermano, el señor Béulin-d'Orchère; el magistrado, enterado ya de la caída de Rougón, había querido anonadar á su hermana, anunciarle su próxima entrada en el ministerio de Justicia y tratar en fin de lanzar la tea de la discordia en el matrimonio. La señora de Rougón se contentó con mandar enganchar el coche, para ir á disponer, sin perder momento, lo necesario para su próxima instalación. No había sufrido alteración alguna su rostro gris y reposado de devota, su quietud inalterable de excelente ama de casa; con su andar silencioso, atra-

vesaba las habitaciones y tomaba posesión de aquella casa que ella había convertido en dulce y muda como un claustro. Su única preocupación se cifraba en manejar, como administradora fiel, la fortuna de que se encontraba encargada. Rougón se sintió enternecido ante aquella figura de mujer alta y delgada, sin más preocupación que la del orden más meticuloso.

En esto la tempestad estallaba con inaudita violencia. Oíase el fragor del trueno y el agua caía á torrentes. Rougón tuvo que esperar cerca de tres cuartos de hora. Quería volverse á pie. Los Campos Elíseos estaban convertidos en un lago de lodo, un lodo amarillo, fluido, que, desde el Arco de Triunfo á la plaza de la Concordia, parecía como el lecho de un río vaciado de golpe. La avenida quedaba desierta, con escasos transeuntes que se arriesgaban, buscando las pasaderas empedradas; y los árboles, chorreando agua, destilaban las gotas en la quietud y frescura de la atmósfera. En el cielo, la tempestad parecía haber dejado un reguero de cobrizos harapos, todo un nublado sucio, bajo, atravesado por alguno que otro girón de claridad melancólica.

Rougón volvía á su vago ensueño de porvenir. Recias gotas de lluvia, que caían aquí y allá, le mojan las manos. Sentía más y más aquel enervamiento de todo su ser, como si hubiese tropezado con algún obstáculo que le interrumpiese el camino. Y de súbito, detrás de él, oyó un grande y cadencioso galopar de caballos, que hacían retemblar el pavimento. Volvió la cabeza.

Era una comitiva que se acercaba, en el barrizal del arrecife, á la melancólica claridad de un cielo cobrizo, un regreso del Bosque, animando con el

esplendor de los uniformes las oscuras profundidades de los Campos Elíseos. A la cabeza y á la cola, galopaban piquetes de dragones. En el centro rodaba un landó cerrado, tirado por cuatro caballos; mientras que, á cada uno de los lados de las portezuelas, marchaban dos caballerizos en gran uniforme bordado de oro, recibiendo, impasibles, las incesantes salpicaduras de las ruedas y cubiertos de una capa de lodo líquido, desde las botas de campana hasta el sombrero de clac. Y, destacándose de la obscuridad del landó cerrado, tan sólo un niño aparecía, el príncipe imperial, mirando á la gente, con los dedos separados y con su naricita aplastada contra el cristal.

—¡Mira qué escuerzo!—dijo sonriendo un peón caminero que empujaba un carretón.

Rougón se había parado, pensativo, siguiendo con la vista el cortejo, que se deslizaba por entre los baches, salpicando hasta las hojas bajas de los árboles.

## XV

Tres años después, en un día de marzo, tenía lugar una borrascosísima sesión en el Cuerpo legislativo. Discutíase el mensaje por la primera vez.

En el bufet de la Cámara, el señor La Rouquette y un viejo diputado, el señor de Lamberthon, esposo de una hermosísima mujer, bebían sendos *grog*s, en frente el uno del otro, con toda tranquilidad.

—¿Qué le parece á usted? Si volviésemos al salón...—decía el señor de Lamberthon, que prestaba oído atento.—Estoy en que la cosa se caldea.

De vez en cuando oíase un lejano clamoreo, una tempestad de voces, brusca como un vendaval; después todo volvía al gran silencio. Pero el señor La Rouquette continuaba fumando, como si todo le importase un comino, y contestó:

—No, dejémoslo por ahora, deseo acabar de fumar el cigarro... Ya vendrán á avisarnos en caso de que se nos necesite. Ya he encargado que se nos avise.